Dos comentarios a propósito de “El nuevo movimiento teórico” de Jeffrey Alexander*

Víctor Manuel Durand

EL TRABAJO de J. Alexander representa uno de muchos esfuerzos para tratar de superar el *impasse* teórico en que se encuentran las ciencias sociales en el mundo occidental. Sin embargo, contra lo que se afirma no parece tratarse de un nuevo enfoque teórico, sino del desdoblamiento de viejas posiciones. La preocupación de unir la acción con la estructura es muy vieja en la tradición sociológica y por ello no es difícil encontrar antecedentes de cualquier “nueva” proposición. Lo que sí nos parece nuevo es el contexto de incertidumbre e inseguridad en las que actualmente trabajan los sociólogos.

En este sentido parece relevante que Alexander dé una somera, aunque fundamental, revisión de las posturas epistemológicas, para concluir en la ya conocida posición de que la explicación y la hermenéutica pueden coexistir productivamente. La tesis del principio de incertidumbre en las ciencias sociales da a dicha coexistencia un postulado de debilidad. Es difícil afirmar que se está haciendo ciencia objetiva. Pero esto no es privativo de la posición conciliadora; el empirismo o la hermenéutica también parten en la actualidad de posiciones débiles ya que nadie puede afirmar que una metodología garantice verdad y objetividad por sí misma.

De la misma manera, la debilidad de la argumentación se hace presente en el apartado “Sobredeterminación por la teoría y subdeterminación por el hecho”, en el cual se hace evidente que tanto los macro como los microteóricos usan y abusan de la infor-

* *Estudios Sociológicos*, vol. vi, núm. 16, enero-abril de 1988, pp. 259-307.

mación para explicar o justificar sus hipótesis o interpretaciones teóricas. Así, la relevancia de la confrontación deductiva o inductiva tiene un presupuesto de debilidad.

A partir de estos puntos, el análisis de Alexander presenta su hipótesis sobre la dinámica pendular entre teorías de la acción y las teorías estructurales, en cuyo movimiento habría momentos de síntesis —como el parsoniano o el actual— que buscan superar la oposición con teorías integradoras. La comprobación del agotamiento de los esfuerzos teóricos posfuncionalistas, agotadas por ser unilaterales, abriría el espacio para intentar nuevos esfuerzos sintéticos. Partiendo de posiciones necesariamente débiles hay que tratar de unir acción y estructura, buscando los aportes de los enfoques rivales, que por lo demás ellos mismos tienden a abrir sus marcos teóricos, poniendo fin a sus ortodoxias.

Una vez que se está convencido de que lo anterior es cierto, se abren muchas posibilidades de síntesis, cuyas implicaciones no son inocuas.

Alexander privilegia la posibilidad de que el individuo, partiendo de la acción, supere el subjetivismo del actor mediante la inclusión de la cultura, definida como el significado estructurado colectivamente. Es decir, hay una cultura estructurada que agota o enmarca la acción individual. La relación entre ambos procesos se da mediante la socialización y la internalización. Así, lo externo, lo estructural, mediante la socialización, se une a lo interno; la acción, mediante la internalización, que siempre deja margen para la subjetividad. En su propuesta lo racional coexiste con lo subjetivo.

Los problemas empiezan cuando recolocamos el problema de las unidades de análisis e indagamos sobre la dinámica de las estructuras y de la sociedad.

Aquí nos parece que la propuesta de Alexander nos lleva a viejas posiciones y viejas polémicas. Si el individuo es la unidad de análisis y su referente es una estructura cultural, esto significa que: 1) lo que dicen los individuos es fuente de conocimiento, independientemente de que estén o no de acuerdo con la cultura; 2) que la dinámica social estará basada en la interacción individual que reproduce y modifica el marco cultural, y 3) que la cultura se presupone como totalidad y en cuanto tal da sentido a las partes.

El parentesco con Shulz y Berger parece próximo y en general con los neoweberianos. Sin duda la recuperación de lo cotidiano como forma de conocimiento acotado o delimitado por un universo simbólico estructurado es una postura teórica atractiva. Pero veamos los problemas.

1) Si la acción individual es fuente de conocimiento y aceptamos que dicho conocimiento incluye lo racional y lo irracional (o lo subjetivo), sólo podemos afirmar que se trata de uno u otro a partir del marco cultural, del orden. Por tanto, lo irracional en sentido general, y no simplemente como emociones o sentimientos, aparece como desviación del orden. Viejo problema del positivismo durkhemiano o del positivismo funcionalista.

2) Si en el campo de la interacción, la acción individual es el mecanismo de la reproducción social y del cambio, resulta que estamos en el terreno del voluntarismo de los actores. Aquí habría que recordar las teorías de la modernización que postulaban el cambio cultural, el tránsito de lo tradicional a lo moderno, para lograr una acción más racional, universal, orientada al logro, etc., y que se topó con realidades muy distintas.

3) El énfasis de la cultura como totalidad nos coloca ante una sociedad que se refleja en sus valores, en su estructura simbólica, como lo postuló Lévi-Strauss, pero cuya dinámica está fuera de la cultura. La dinámica social se encuentra en la interacción; por ello la cultura se convierte en un simple marco general, sirve para explicar el orden, pero es inocua frente al cambio, por más que existan valores o significados que lo orienten.

En conclusión, nos parece que la propuesta de Alexander agrega poco a lo ya conocido y conserva sus antiguos defectos respecto a una sociología individualista que se encierra dentro de los límites de una sociedad dada, del orden. En todo caso su aportación radicaría en aprovechar la falta de certeza para incluir en el enfoque positivista la problemática del discurso o la hermenéutica.

Para no quedarme en el puro terreno de la crítica, quisiera aventurar otra propuesta de síntesis, de manera extremadamente somera pero que permita visualizar otro tipo de análisis de la relación entre estructura y acción que no anule al sujeto, pero que procure una explicación del cambio.

Partimos del presupuesto de una sociedad estructurada como

totalidad, la cual está organizada en torno a contradicciones y oposiciones que impiden la existencia de órdenes duraderos.

El segundo presupuesto es que dichas contradicciones y oposiciones generan una sociedad organizada en clases sociales, y una gran cantidad de grupos o sujetos sociales opuestos que luchan entre sí para hacer valer sus derechos o intereses. Es la idea de una sociedad civil dividida y enfrentada por múltiples oposiciones y contradicciones, que sólo puede ser articulada, "ordenada", por un poder externo: el Estado.

En las sociedades capitalistas podemos realizar una división, como tercer presupuesto, en distintas áreas o espacios de interacción que tengan especificidad propia y significación para la totalidad. Dichas áreas serían la economía, o el mundo del trabajo, la socialidad o el mundo de la interacción, la política, como el espacio de la dominación y la cultura, como lo simbólico.

Resulta obvio que existe una codeterminación o una multi-determinación entre las áreas que impide ver determinismos en última instancia, que obliga a emplear enfoques de mayor complejidad. Más aún, supone que cada área mantiene una dinámica propia. Ahora bien, esto permite pensar que las sociedades tienen una dinámica compleja que rebasa la existente en cada una de las áreas; que, por lo tanto, no se agota en ninguna de ellas, pero las presupone a todas.

De acuerdo con lo anterior los individuos, pero sobre todo los sujetos sociales, se constituyen como actores en múltiples situaciones y áreas y su acción-interacción se desdobra en múltiples planos. De esta suerte, ninguna situación o posición estructural predefine sujetos y mucho menos la orientación de su acción; toda situación provoca momentos reflexivos de los individuos o sujetos, reflexiones que le permiten apropiarse de dicha situación, definir sus imaginarios y orientar su conducta.

Ahora bien, dicha apropiación implica siempre al otro o a los otros, los que generan procesos de formación de identidades y de reconocimiento del otro como adversario o aliado y es en la interacción con los otros y dentro de los sujetos en donde los sujetos o los individuos cambian, se transforman y en dicho proceso también cambian las situaciones, las estructuras.

En una sociedad así concebida, la racionalidad no se expresa sólo en términos de un orden dado, como funcional, sino también respecto a los fines de cada sujeto, cuyas contradicciones

u oposiciones obligan al cambio, el cual será concertado, democrático o violento según la permeabilidad de los sujetos.

Por tanto, no se puede ver a los individuos como portadores de una racionalidad, sino de varias, que en contraste con el orden pueden resultar irracionales, disruptivas, subjetivas. Así, considerar al individuo, su acción, como fuente del conocimiento científico, resulta limitado. Puede serlo, siempre y cuando esté determinado por las múltiples mediaciones que lo atan a su sociedad y ante las cuales reacciona como ser integrado o crítico. La unidad de análisis es el individuo y su entorno; es la sociedad.

La sociología en este sentido sólo puede ser crítica; de lo contrario no puede realizar la doble hermenéutica de Giddens y menos aún comprender una realidad que ontológicamente es contradictoria.

De cualquier manera, el trabajo de Alexander incita al debate, que hay que aceptar como un medio para avanzar en el desarrollo de la sociología.

Viviane Brachet-Márquez

SEGÚN ALEXANDER, la teoría sociológica ha atravesado por tres grandes fases desde la posguerra: primero, una de debates y controversias, oponiendo diferentes paradigmas de la explicación sociológica alrededor de las cuales se conformaron diversas escuelas: acción vs. estructura; racionalismo vs. no racionalismo; individualismo vs. colectivismo, etc. Se trata, en general, de una crítica abierta o implícita al estructural-funcionalismo por corrientes inicialmente menos institucionalizadas, aunque a menudo de tradición filosófica más larga, como la hermenéutica, la fenomenología o el interaccionismo simbólico. Segundo, este periodo termina a fines de los setenta, no porque alguna escuela haya obtenido una posición hegemónica sobre las demás, sino porque los enfoques que cuestionaron al estructural-funcionalismo acordaron una suerte de pacto de no beligerancia con éste y entre sí, para llegar a ocupar un lugar institucional en los importantes centros universitarios de Europa y Estados Unidos. Alexander describe esta segunda etapa como caracterizada por una "plácida madurez a la vez que una mayor fragmentación del discurso sociológico" (p. 290). Lejos de haberse

transformado, la teoría sociológica se ha simplemente “diferenciado”. Tercero, la década de los ochenta se caracteriza por un “renovado esfuerzo por vincular las teorías sobre la acción y la estructura” (p. 290). Alexander no pretende que este esfuerzo se haya logrado plenamente. Sin embargo, indica que está en plena gestación y a punto de dar frutos teóricos que prometen romper con la fragmentación del pasado.

Al tiempo que Alexander afirma que se está gestando una nueva integración del pensamiento teórico, no indica *cómo*, ni en función de qué criterios podremos juzgar que tal esfuerzo se haya logrado. En estos breves comentarios, ilustraré las dificultades de integrar entre sí las justificaciones discursivas de dos teorías que han ocupado un lugar central en América Latina —la de la modernización política y la del Estado autoritario¹—, para llegar a un cuestionamiento de la interpretación que Alexander propone de las nuevas tendencias dentro de la teoría sociológica.

Brevemente, una de las formulaciones más influyentes de la teoría de la modernización política² se ha sustentado en la idea de que las prácticas e instituciones políticas en América Latina se volverían más democráticas bajo el impulso de un conjunto de variables representativas de los cambios estructurales que acompañaban el proceso de industrialización en el área: urbanización, alfabetización, secularización, exposición a los medios de comunicación de masas, participación en asociaciones voluntarias, etc. Se argumentaba que a raíz de tales cambios, los valores individuales y la cultura política “tradicionales” se transformarían en “modernos”, lo cual a su vez tendría como consecuencia el desarrollo de instituciones democráticas.

¹ Nos referimos aquí a los estudios del Estado en América Latina que surgen del debate sobre el Estado autoritario y corporativista. Véase en particular J. Malloy (ed.), *Authoritarianism and Corporatism in Latin America*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1977; G. O'Donnell, *El Estado burocrático-autoritario, 1966-1973*, Editorial Belgrano, Buenos Aires, 1983; D. Collier, *Squatters and Oligarchs: Authoritarian Rule and Policy Change in Peru*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1976; A. Stepan, *State and Society: Peru in a Comparative Perspective*, Princeton University Press, Princeton, 1978.

² Nos basamos en el análisis que ofrece Robert A. Packenham de la teoría de la modernización. Este autor distingue entre los enfoques económicos, de sistema social y de cultura política que se encuentran entremezclados en la literatura. Adoptamos aquí el de sistema social que caracterizó a los estudios sociológicos. Véase Robert A. Packenham, *Liberal America and the Third World*, Princeton University Press, Princeton, 1974.

Con la crisis de los gobiernos populistas (los que en apariencia más se acercaban al modelo democrático) y la ola de golpes de estado militares en los países más “modernizados” del cono sur se empezaron a poner en tela de juicio estas predicciones, y un grupo de estudios propuso un enfoque nuevo —el del Estado autoritario— que, sin embargo, incorporaba el concepto de modernización. El argumento principal de este enfoque se centraba en la capacidad de las élites estatales para resolver la crisis económica a que se enfrentaban estos países al haberse prácticamente agotado las posibilidades de crecimiento “hacia adentro” y abrirse una nueva fase de crecimiento más dificultoso hacia el mercado internacional.

Es importante anotar el desliz que sufrió el concepto de modernización al insertarse dentro del enfoque del autoritarismo. Este término dejó de significar el desarrollo de instituciones, cultura política o actitudes propias de la democratización para volverse una *tarea* que debe desempeñar el aparato gubernamental. O sea, el mecanismo que explicaba el resultado final de la modernización ya no era un proceso colectivo directamente relacionado con un cambio de valores en los individuos, sino un problema de carácter técnico: la modernización se lograría por medio de políticas estatales adecuadas a los problemas y recursos de cada país. En este nuevo contexto, la participación social que en la teoría de la modernización política se había considerado como una característica “moderna” por excelencia, se veía ahora redefinida como potencialmente dañina a la modernización como tarea. Por tanto, la limitación de representación de intereses, considerada como una condición definitoria del autoritarismo, se vio como una de las condiciones favorables a esta tarea, al volver más gobernables los países de América Latina.

Este ejemplo subraya la necesidad de especificar lo que entendemos por integración teórica: si se trata de integrar dos teorías, no puede subordinarse una a la otra, o sea, deberán hacerse compatibles los planteamientos principales de ambas y haber identidad entre sus conceptos clave. En su libro *The Powers of Theory*, Alford y Friedland³ afirman la imposibilidad de tal integración debido a las diferencias profundas entre perspectivas

³ Robert A. Alford y Roger Friedland, *The Powers of Theory: Capitalism, the State and Democracy*, Princeton University Press, Princeton, 1985.

teóricas distintas. Al intentarse tal integración por medio de la incorporación de términos de otras perspectivas, se da el tipo de desliz conceptual que hemos ilustrado con el caso de la modernización. Por otro lado, si por integración entendemos conceptualizar, a partir de una sola perspectiva teórica una serie de elementos anteriormente excluidos (v. gr. los interaccionistas buscando incorporar estructuras, como se ejemplifica en el texto de Alexander), sin esforzarse por vincular tales planteamientos con los de otras perspectivas teóricas igualmente preocupadas por estos elementos, cabe la pregunta de si realmente se trata de integración. En tal caso, subsistirían las divisiones entre escuelas que señala Alexander, aunque las teorías dentro de cada una de ellas puedan volverse más abarcadoras.